

Las relaciones entre los indígenas y el mundo colonial en un espacio conflictivo: la frontera tucumano-chaqueña en el siglo XVIII

Beatriz VITAR

La conquista de los grupos indígenas del Chaco, concretamente el ensayo colonizador realizado por el Tucumán en el siglo XVIII, es un proceso en el que se ponen de manifiesto los parámetros generales que rigieron la conquista americana. En primer lugar, se trata de una empresa de colonización tardía, en la que aparecen, no obstante, rasgos de una tradición fuertemente implantada en lo que respecta a los mecanismos desplegados por los españoles para la captación de la población nativa; por otra parte, este fenómeno operado en las fronteras de la gobernación del Tucumán tuvo sus matices propios, determinados por las características de la sociedad colonial de ese entonces y los rasgos culturales del conjunto étnico del Chaco.

En relación a los conquistadores, puede verse claramente la impronta dejada por largos siglos de colonización, junto con los lineamientos generales establecidos por la corona española en la legislación indiana, disposiciones que tuvieron lógicamente una muy particular aplicación por parte de los ejecutores de la empresa conquistadora en sus respectivos ámbitos de acción, de lo cual puede rescatarse su gran capacidad estratégica. Estas facetas de la acción colonizadora se observan en lo que fue una ardua tarea para los pobladores españoles del Tucumán en el siglo XVIII: la conquista de los pueblos guerreros del Chaco. Respecto a los factores que intervinieron en este proceso de colonización, serán analizados en los diversos apartados que componen el presente trabajo.

Por otro lado, el conflicto fronterizo que aquí planteamos es un ejemplo más del fenómeno experimentado a lo largo del imperio español en Indias: el enfrentamiento de dos culturas, en ese espacio difuso que constituyó la fron-

tera entre el Tucumán y el Chaco en el siglo XVIII. Tal proceso tuvo en este caso específico ciertas particularidades en cuanto que contra el mundo colonial, asentado en espacios urbanos y en el marco de una sociedad fuertemente estratificada y con sólidas bases de poder, se alzaban los grupos de cazadores-guerreros, dispersos en las selvas y montes chaqueños y que constituían el paradigma de las sociedades sin estado.

Este aspecto esencial que separaba a indígenas y conquistadores puede considerarse trascendental, puesto que en él se generaban profundas diferencias, fundamentalmente en lo que concierne a la organización del espacio y aprovechamiento de sus recursos y a la práctica de la guerra; esto explica la reacción marcadamente hostil de los indios chaqueños a la colonización. Al mismo tiempo, ante las nuevas circunstancias creadas por el orden colonial, los guerreros del Chaco desplegaron toda una serie de tácticas, mediante las que materializaron su respuesta a los conquistadores, provocando un singular tipo de relaciones con éstos en el marco del espacio fronterizo.

CARACTERÍSTICAS DEL ESPACIO COLONIAL TUCUMANO EN EL SIGLO XVIII

La gobernación del Tucumán estaba constituida en el siglo XVIII por un conjunto de ciudades dispersas dentro del vasto territorio que conforma actualmente la región del noroeste argentino. El proceso fundacional que dio origen a la citada provincia fue producto del impulso conquistador que arrancó del ámbito peruano y que tomó forma con la denominada corriente colonizadora del Perú. En el proyecto de extensión de la conquista hacia el sur de estas latitudes, subyacían objetivos de orden estratégico y económico, tales como tender un puente entre el Pacífico y el Atlántico, y también disponer de un territorio que fuera avanzada y baluarte de la región peruana y además centro abastecedor de las minas en lo que respecta a recursos humanos y materiales.

Es así que, signado en su evolución histórica por una estrecha conexión económica y política con el Perú, el Tucumán experimentó un acelerado desarrollo de las actividades agrícolas y ganaderas especialmente, las que constituyeron los rubros más importantes dentro del beneficioso intercambio mantenido por dicha provincia con el mercado potosino. La explotación ganadera se llevó a cabo fundamentalmente en las haciendas, establecimientos que se fueron instalando en las zonas aún no colonizadas y que habían quedado como huecos con posterioridad a la etapa de la conquista inicial en el siglo XVI. La producción agro-ganadera de las haciendas, además de atender al consumo urbano —aprovisionamiento de las ciudades cabeceras— era destinada a las minas altoperuanas, a las que el Tucumán enviaba ganado, alimentos y ropa.

En consecuencia, el poblamiento de las campañas, en un claro «vuelco» de los vecinos de las ciudades hacia ellas, marcó la existencia de un fenómeno demográfico y económico de gran importancia para el Tucumán. Estos establecimientos ganaderos configuraron un frente pujante al ir ocupando las zonas lindantes con el Chaco. En el caso de las ciudades fronterizas con esta región indígena, las haciendas estaban situadas en los alrededores del río Salado, en Salta; entre dicho río y el Dulce —en una zona de oasis fértiles— en Santiago; en Jujuy en las tierras aledañas al río Grande y, en cuanto a San Miguel, en los ricos valles del noreste, en la zona de Choromoros. Respecto a Córdoba, que contaba en el siglo XVIII con prósperas estancias en las tierras bañadas por los diversos ríos de su jurisdicción, también recibió los embates de la expansividad guaycurú al traspasar éstos el río Salado —en jurisdicción de Santiago del Estero— al final de la década de los años veinte.

A pesar de su indiscutido papel como vehículo colonizador pacífico, las haciendas constituían una frontera discontinua e inestable debido a la dispersión y precariedad de sus instalaciones, lo que las convertía en un blanco inmejorable para los asaltos de los guerreros guaycurú. De este modo, resalta sobremanera la escasa consolidación de la «frontera indígena» en una región colonial importante como el Tucumán en el siglo XVIII. El conflicto en la región fronteriza oriental del Tucumán, marcado por un largo enfrentamiento entre las fuerzas españolas y los indios chaqueños fue uno de los problemas más destacados del período, condicionando asimismo la evolución económica y social de la región.

EL FRENTE COLONIZADOR EN LA CONQUISTA DEL CHACO

Las acciones guerreras de los guaycurú —grupos toba, abipón y moco-ví— comenzaron a desarrollarse a gran escala ya desde el siglo XVII, favorecidos estos indígenas por la posesión de caballos. La respuesta del Tucumán a estos ataques fue una guerra defensiva, realizándose sólo dos grandes campañas «punitivas» al Chaco, sin resultados relevantes.

Al comenzar el siglo XVIII —en el que centramos nuestro análisis, y más concretamente en el período de la colonización jesuítica— el estado de la región fronteriza y la presión ejercida por los sectores más afectados por las invasiones chaqueñas —los hacendados— provocó un notable giro en la estrategia española frente a las mismas.

En lo que respecta a las fuerzas militares que desde el Tucumán debían hacer la guerra al Chaco, se contaba estrictamente con las milicias de encomenderos; éstos, conforme a las prescripciones legales en vigencia tenían la obligación de tomar las armas en defensa de la provincia. Pero en la práctica, los intereses de los encomenderos, en muchos casos poseedores de ha-

ciendas, estaban centrados en los altos beneficios obtenidos de la explotación ganadera y el comercio, circunstancia por la que mostraron gran reticencia a participar en las campañas militares al Chaco; esta «tibieza» en el cumplimiento de sus deberes por parte de los encomenderos tucumanos, explica en parte la debilidad de la guerra defensiva que se venía sosteniendo frente a las invasiones chaqueñas desde el siglo XVII. No obstante, como muestra de las fuertes contradicciones que caracterizaron el accionar del frente colonizador en la guerra chaqueña, estos vecinos privilegiados presionaron a los gobernadores a través de los cabildos para la adopción de una política más firme para contener a los guaycurú y estabilizar la región fronteriza.

De todos modos, debe subrayarse en esta etapa ya avanzada de la evolución colonial tucumana, la falta de cuadros militares que asumieran la conducción de la guerra contra los chaqueños; en contraste con esta situación dentro del frente colonizador, en el caso del Chaco, al otro lado de las fronteras, nos encontramos con unas comunidades indígenas que se insertan perfectamente en el modelo de sociedades primitivas, cuyo rasgo definitorio es «un ser-para-la-guerra»¹, y es más aún, que desarrollaban sus actividades bélicas con un sentido y objetivos diferentes a los que inspiraban las movilizaciones españolas.

En cuanto a la sociedad colonial, ese escaso afán por la guerra obedecía a intereses reales por parte de los encomenderos; éstos, que básicamente constituían las milicias, a falta de un ejército formal, se negaban a ir a las campañas lo cual debían hacer con los indios bajo su tutela; embarcados en los negocios de sus haciendas, la participación en las expediciones al Chaco privaba a los encomenderos de la atención a su patrimonio y aun en el caso de eludir su intervención personal, de la mano de obra indígena. Estas circunstancias, junto a las dificultades económicas concretas para hacer la guerra, propiciaron una política tendente a mantener la frontera del Salado, preservando el espacio ganadero que progresivamente habían ido conformando las haciendas; por otra parte, no ofrecía el Chaco un fuerte atractivo para el establecimiento de colonias en su territorio, uniéndose a esto el escepticismo generalizado entre los españoles respecto a las posibilidades de un sometimiento incondicional de los cazadores guaycurú y del éxito de su arraigo en poblaciones.

De acuerdo a lo señalado anteriormente, si bien se planteó un cambio de táctica para poner freno a las incursiones guaycurú en las fronteras, abandonando la modalidad defensiva que había predominado hasta entonces, las grandes «entradas» al Chaco —dentro del marco de la política ofensiva— apuntarían principalmente a despejar los terrenos fronterizos alejando a los mocoví, protagonistas destacados de la guerra contra el Tucumán. No se descartaba para ello la política del terror, considerando que se lograría ame-

¹ Clastres, 1981: 184.

drantar a los indígenas mediante la presencia del ejército en sus tierras; de este modo, el gobernador Urizar explicaba en carta el rey que durante el desarrollo de la gran campaña ofensiva de 1710, «para infundir temor en los indios dispuso que los tercios entrasen con todo el rigor de las armas por tres distintas partes ocupando a un tiempo el terreno del bárbaro en este primer asalto»².

Para proteger las zonas fronterizas del asedio mocoví, era fundamental atraer a los pueblos chaqueños asentados en la periferia lindante con el Tucumán quienes, por su situación dentro del área, se encontraban en el momento oportuno para ser integrados al mundo colonial. Los grupos fronterizos del Chaco, comprimidos en sus asentamientos periféricos por una doble presión —española y guaycurú— buscarían así refugio en los centros españoles, cediendo a su oferta, con lo cual el bando colonial obtendría aliados útiles para el enfrentamiento con los grupos de «tierra adentro». Esta hábil estrategia dio sus resultados, al conseguirse la reducción de los grupos lule y vilela, en una primera etapa del plan colonizador del Chaco.

En lo que respecta a la puesta en marcha de la guerra ofensiva, ya desde el siglo XVII una serie de gestiones y consultas se venían realizando entre los distintos cuerpos de la administración local, regional y central, tratando de esclarecer la cuestión de la legitimidad de acciones de este tipo contra el mencionado territorio indígena. La controversia suscitada se dilucidó finalmente al manifestarse el gobierno metropolitano partidario de abordar con toda energía el problema guaycurú, «pues de la dilación peligraría la última ruina de todas aquellas vastas provincias, teniendo por el (medio) más conveniente el de hacer una guerra a dichos bárbaros acometiéndoles por todas partes, para de una vez exterminarlos»³.

Soluciones como el exterminio o la deportación de los indios a territorios alejados del Chaco eran sugeridas en ese entonces por las diversas instituciones indianas, con el pleno convencimiento de que era lo más viable para evitar el retorno de los indígenas capturados a sus refugios chaqueños. En particular, los dictámenes enviados por la Audiencia de Charcas aludían a la necesidad de hacer entradas conjuntas —en lugar de acciones aisladas por parte de cada provincia limítrofe con el Chaco— y de llevar los indios «apresados o admitidos de paz» a la jurisdicción de Buenos Aires⁴.

En todo momento el frente colonizador hablaba de la «desnaturalización» de los indígenas, lo que equivalía a sacarlos de su hábitat para llevar a cabo eficazmente el proceso de integración a la vida colonial. No obstante,

² Carta al rey del gobernador del Tucumán. Esteban de Urizar. Campo sobre Valbuena, 8-7-1710. Archivo General de Indias (AGI), Charcas 284.

³ Representación al rey de la Junta de Guerra de Indias. Madrid, 11-11-1715. AGI, Charcas 157.

⁴ Expediente de la Junta de Guerra de la provincia de Tucumán. AGI, Charcas 284.

al intervenir los jesuitas en la empresa colonizadora, tal práctica —limitada a las fronteras tucumanas, en cuanto a su alejamiento espacial— tuvo su contrapartida en la política de aislamiento que aplicó la Compañía y que permitió a los diversos grupos mantener algunos comportamientos tradicionales, permitiendo esta circunstancia suavizar en alguna medida el efecto del trasplante en los indígenas.

Como medida extrema, el destierro de los indígenas a las fortificaciones de la costa bonaerense —para servir en su mantenimiento y para intervenir en las operaciones bélicas— o a la zona de explotación de las minas, en un cambio radical de hábitat, ayudó también a la extinción gradual de los grupos sometidos por la vía del trabajo forzoso y, en definitiva, por la inserción en la vida colonial.

El único caso de deportación registrado en el proceso de conquista del Chaco, fue el de los indios malbalá, en los inicios de la guerra ofensiva en el siglo XVIII. Esta medida, decidida tras el levantamiento del citado grupo, al poco tiempo de haber sido concentrados en la frontera del Salado, tenía el fin de aleccionar a los demás pueblos chaqueños, al mismo tiempo que crear una vía de recompensas para el ejército, concediéndolos en encomienda —para su traslado a Buenos Aires— al maestro de campo de Salta, encargado del tercio de esta ciudad. Se recurría así al acostumbrado reparto de indios como incentivo para la guerra —de extrema utilidad atento al relajamiento del ímpetu conquistador de los viejos tiempos—, sistema de premios al que se echaría mano en repetidas oportunidades, a pesar de las prohibiciones vigentes.

No obstante las soluciones radicales propuestas y de este precedente de destierro en el proceso colonizador chaqueño, lo cierto es que finalmente éste se concretó con el establecimiento progresivo de pueblos de indios en las fronteras tucumanas, de acuerdo a lo que se consideraba una ventaja para cumplir con los objetivos de la conquista chaqueña: el poblamiento de la zona fronteriza del Salado con los grupos indígenas más dóciles para con ellos mismos encarar la defensa de los territorios coloniales, haciendo la guerra a los guaycurú. Es de pensar que la acentuada escasez de mano de obra indígena, las propias dificultades para el reclutamiento y la falta de un ejército estatal impulsaron a los españoles del Tucumán a orientar todos sus esfuerzos hacia el logro de esta meta, aprovechando los recursos humanos que podría brindar la absorción de la población periférica del Chaco. Evidentemente, el propósito era formar un ejército aliado, pero desde un comienzo de la guerra ofensiva contra el Chaco, los colonizadores actuaron bajo un criterio discriminatorio respecto de la población chaqueña, separando la misma en dos categorías fundamentales, la de los indios «pacíficos», «amigos del español» —susceptibles de recibir la religión cristiana— y los enemigos bárbaros, decididamente infieles, canibales y exponentes máximos de la irracionalidad. Esto recuerda el proceder mismo de Colón, en sus primeros encuentros con los pobladores americanos, analizado por Todo-

rov⁵. Esta dicotomía desaparecería, curiosamente, al reducirse a los indígenas, etapa en la que fue unánime la condena por parte de los diversos sectores del frente colonizador respecto a su «natural», o sea su «barbarismo» y resistencia a la «vida racional».

Al ponerse en marcha la empresa colonizadora en las fronteras del Tucumán, cediendo la administración de los pueblos fundados en las mismas a la Compañía de Jesús, empezarán a incubarse lentamente los gérmenes que provocarían las fisuras dentro del frente colonizador; principalmente, tenemos que por las particularidades de la gestión jesuita y la dinámica de la acción misionera, la fuerza de trabajo en potencia que representaban los indígenas reducidos fue sustraída de su explotación masiva por los mecanismos acostumbrados: mita, encomienda y servicio en las haciendas. Esta situación no tardaría en generar fuertes recelos, ya que, en definitiva, los jesuitas representaban un proyecto colonizador que por sus características intrínsecas dejaba excluidos a sectores de influencia comprometidos directa o indirectamente en la empresa colonizadora del Chaco, quedando la población sometida bajo exclusivo control de los misioneros.

LOS ESPAÑOLES ANTE LA DINAMICA CHAQUEÑA EN EL SIGLO XVIII

Las particularidades geográficas del Chaco, unidas a las características de los grupos indígenas que lo habitaban, configuraron unas circunstancias específicas que deben considerarse atentamente para el análisis de las relaciones entabladas con el entorno colonial, marcadas por una casi permanente tensión.

Puede afirmarse, en líneas generales, que hombres y paisaje formaban una especie de todo hostil para el mundo español, en el caso del Chaco y sus pueblos. En cuanto al ambiente natural, encontramos un espacio en el que se alternaban la selva y el bosque, que se imponían como auténticos obstáculos para la persecución de los grupos chaqueños que atacaban las colonias, y así lo confirman las continuas referencias a la «impenetrabilidad» y «fragosidad» de las tierras indígenas; unido a ello, se encontraba el problema de las lluvias, características todas del ámbito chaqueño que contribuyeron a hacer de él un poderoso refugio para una diversidad de pueblos que constituían la antítesis del universo cultural andino, tan beneficiosamente explotado por los colonizadores.

En este estado de cosas, no es de extrañar la reiterada mención de estos impedimentos de la naturaleza chaqueña en la abundante información remitida a la corona por los súbditos indianos, con la tácita intención de ser premiados por tan ardua empresa como era la de explorar el terreno y extraer a

⁵ Todorov, 1987: 54.

su población; numerosos testimonios han quedado acerca de este lamento colectivo a lo largo del proceso de conquista del Chaco.

La prodigalidad misma del espacio chaqueño, que permitía el desarrollo de las actividades inherentes a la vida de los pueblos selváticos (caza, pesca, recolección), pareció aumentar ese rechazo de los españoles hacia dicha región indígena. Ese estilo de vida, mantenido por la mayoría de los indios del Chaco, era considerado como la causa del «desapego» manifestado con respecto a las labores sedentarias. De este modo, en una crónica anónima del siglo XVIII se hacía hincapié en estas circunstancias ambientales, que fomentaban el «ocio» de sus habitantes, afirmándose que: «Sólo la abundancia de caza y pesca, de chahuar, miel, frutas campestres, pudieron haberlos conservado en la miserable constitución de tanta pereza como tienen»⁶.

Esta postura negativa respecto a las gentes del Chaco —lejos de la idealización del «buen salvaje»— mostraba también en cuanto a los españoles un proceso de deformación de la realidad con que se encontraron en lo que respecta al ambiente chaqueño. De hecho, existía un gran desconocimiento del territorio, y eso influía en la falta de comprensión que se trasluce, confirmando aquello de que se teme lo que no se conoce. Es curioso observar cómo iría cambiando el discurso colonial con los años, en la medida en que iba en aumento la exploración del área chaqueña y el tránsito por sus tierras, tras las numerosas entradas de las huestes e inclusive de los misioneros. La percepción es diferente y sorprende además la expectativa de aprovechar y disfrutar de estas tierras; así, en contraste con la mención, en un documento de 1735, de las calamidades sufridas en una entrada a la «tierra del enemigo», en la que se tuvo que hacer frente a «aguas violentas, calores excesivos y por consiguiente infestada la campaña de sabandijas» y soportar «aquellas tierras bajas reduciéndose a pantanos y anegadizos insuperables»⁷, otro documento referente al Chaco, en 1766, resaltaba «su fertilidad y abundancia, el río que lo atraviesa (el Bermejo) y demás calidades que lo hacen apreciable»⁸.

En cuanto a los grupos chaqueños, su distribución dentro del área, tal como aparece a comienzos del siglo XVIII, era el resultado de la movilidad general de los grupos, producida tras la llegada de los guaycurú, provenientes del sur; este hecho desencadenó un reacomodamiento de los antiguos pobladores chaqueños —de carácter sedentario—, que sufrieron en forma notoria el empuje de estos guerreros cazadores agresivos con una gran

⁶ Descripción del Gran Chaco (Crónica anónima). Manuscrito n.º 123. Archivo del Museo Naval de Madrid.

⁷ Testimonio de los autos obrados por la Real Audiencia de la Plata sobre el castigo de los indios mocoví del Chaco. Año 1734. AGI, Charcas 347.

⁸ Autos sobre el informe solicitado al coronel de Milicias de Córdoba del Tucumán sobre la guerra del Chaco. Lima, 16-10-1766. AGI, Buenos Aires 244.

capacidad expansiva, fenómeno éste que ha sido estudiado en detalle por Susnik⁹.

A los efectos de abordar el estudio de las relaciones entre los chaqueños y los pobladores del Tucumán, debemos delimitar en consecuencia la existencia de dos núcleos de población considerando su situación geográfica, y tomando como punto de referencia el territorio tucumano: la periférica, asentada en los límites noroccidental y suroccidental del Chaco, y la del interior, conformada por los grupos que habitaban en los alrededores del Bermejo y el Pilcomayo.

Los grupos lule y vilela —situados en la periferia suroccidental chaqueña— y los matabaco-mataguayos —con asentamientos en el límite noroccidental—, aunque mantuvieron relaciones un tanto hostiles con los españoles en algunos períodos, se caracterizaron, especialmente los primeros, por una mayor estabilidad respecto a las treguas o «arreglos de paz» pactados con los colonizadores. Los indios de «tierra adentro», los guaycurú, respondían al arquetipo de las sociedades selváticas, manteniendo un estado de guerra permanente con las colonias y en ocasiones con los grupos chaqueños fronterizos. En este punto cabe matizar que en las relaciones entre los pueblos de la periferia y los del interior chaqueño, la concertación de alianzas o su ruptura siguieron una lógica oscilación, impuesta por el acercamiento o alejamiento de los primeros con respecto al bando colonial.

Los indios del interior, representados por los grupos toba, abipón y mocoví, pertenecían al conjunto étnico guaycurú, término que para los españoles constituía el sinónimo de «inhumanidad» y «fiereza»¹⁰. Estos pueblos se caracterizaron por un fuerte espíritu guerrero, enardecido por la posesión de caballos desde aproximadamente mediados del siglo XVII; esto les permitió realizar operaciones masivas —en forma de malones— contra los centros coloniales que rodeaban al Chaco. Tal es así que un testimonio del siglo XVIII expresaba acerca de estos pueblos que «era en su principio gente de a pie y con la muchedumbre de caballos que han robado se han hecho fuertes jinetes»¹¹. Estas formas de ataque a las posesiones españolas, dotadas de una gran efectividad, provocaron a su vez una respuesta más enérgica por parte de los colonizadores, que recurrieron a las «entradas» al territorio indígena para detener su avance, aunque con las limitaciones que hemos señalado, esto es, abocándose a defender una frontera preestablecida por los naturales límites geográficos.

Los guaycurú reunían los rasgos específicos de las comunidades guerreras, en las que la guerra estaba en la base misma de su ser social. Asimismo, el ejercicio permanente de la guerra obedecía a otros impulsos, tales como la

⁹ Susnik, 1978.

¹⁰ Morillo, 1836: 21.

¹¹ Carta al rey del gobernador del Tucumán, Esteban de Urizar. Salta, 24-11-1708. AGI, Charcas 284.

búsqueda de gloria y prestigio; si nos detenemos en los alcances de la guerra, vemos que por medio de ella se creaba una vía de promoción para los jóvenes que aspiraban a ser guerreros: por medio de «gloriosas» actuaciones en las batallas los jóvenes pasaban a integrar, entre los guaycurú, el grupo de los guerreros, sector que gozaba de un amplio reconocimiento dentro de la comunidad. De gran importancia eran, dentro de la práctica de la guerra, la captura de prisioneros y el logro del botín; dentro de éste, el máximo trofeo era el cuero cabelludo del enemigo, adquisición decisiva por parte de los jóvenes para ser aceptados como guerreros¹².

Como parte valiosa del botín debe mencionarse a los caballos, que los guaycurú solían capturar en gran número en sus actuaciones contra las colonias, conscientes de que ello contribuía a debilitar a sus enemigos y a aumentar su fama de valientes guerreros. Para los españoles, la posesión de caballos por parte de los chaqueños, les sirvió como parámetro para determinar su peligrosidad y grado de enemistad con las colonias: en este sentido, las «naciones de a pie» fueron consideradas de antemano como gentes dóciles y susceptibles de ser aliados de los españoles en su lucha contra los indios «montados». Como consecuencia de la aplicación de estos criterios discriminatorios, grupos fronterizos como los lule y vilela —pueblos «pedestres»—, resultaban excluidos de la categoría de chaqueños en la medida en que éstos usaban caballos, obtenidos tras el saqueo a las colonias; de este modo, el cronista Lozano manifestaba que tener ese ganado en su poder, era «señal cierta de que son indios del Chaco»¹³.

En lo que respecta a los colonizadores, éstos tratarían por todos los medios de arrebatar a los indígenas los caballos, privándoles de un elemento fundamental para su movilidad. El papel del caballo como factor vital en esta guerra fronteriza, está manifiesto en las órdenes dadas por el gobernador Urizar al finalizar su primera entrada al Chaco en 1710, en las que disponía que si se encontraban caballos flacos o cansados, «que no pudiesen seguir la marcha del campo, los matasen para que no sirviesen al bárbaro enemigo, pues dejarlos vivos era darle armas contra los Españoles»¹⁴.

Un tratamiento muy diferente era reservado, en cambio, a los lule y vilela, de quienes se esperaba una subordinación inmediata en vista de la inferioridad de condiciones en que se hallaban para realizar acciones ofensivas contra el español, en comparación con sus vecinos guaycurú; los colonizadores tratarían de sacar partido de esta situación inestable de los grupos fronterizos ante la agresión que de continuo recibían de los guerreros guaycurú. En las instrucciones impartidas por el citado Urizar a los tercios que participarían en las campañas chaqueñas, aconsejaba obrar prudentemente

¹² Sobre las características de los guerreros y las motivaciones de la guerra entre los «salvajes», ver «La Desgracia del guerrero salvaje» en *Clastres*, 1980.

¹³ Lozano, 1941: 430.

¹⁴ Lozano, 1941: 372.

con los pueblos de la periferia, a fin de captarlos como aliados; se argumentaba para ello la necesidad de protegerles contra el asedio guaycurú:

«Entre las muchas naciones que habitan las provincias del Chaco hay algunas, que no han hecho guerra a estas fronteras, según la noticia de los prácticos, lo cual se conocerá, siendo gente de a pie y no hallando en sus rancherías despojos que les haya dado la guerra; y si por accidente hallare alguna de éstas, les hará buen cuartel procurando traerlos a su amistad sin fiar nunca de ellos, teniendo presente su infidelidad»¹⁵

En la actitud de los españoles respecto a los grupos fronterizos influía también el hecho que los mismos mantenían ciertos contactos con los «mellers» españoles que buscaban la cera y la miel —recolectadas por los indios— para su comercialización en las colonias, practicándose un intercambio regular en el marco de la vida fronteriza. Al haber entrado ya por la vía del comercio en relación con los europeos —rasgo que se consideraba como indicador de vida «civilizada»— existía un nivel de acercamiento no operado con los grupos del interior, hecho que favorecería la acción colonizadora.

EL DESARROLLO DE LA POLITICA OFENSIVA

Durante la etapa de colonización jesuita, se registraron numerosas entradas al Chaco, organizadas por los gobernadores tucumanos, alternadas con lapsos de gran inoperancia por parte del frente colonizador. En muchos casos, estas expediciones no alcanzaron resultados efectivos respecto al sometimiento de los guaycurú; éstos continuaron con su guerra de sorpresa, produciendo desconcierto y el desgaste entre las filas colonizadoras. A pesar de estas dificultades, la empresa de conquista logró afianzar una cadena de reducciones en la frontera del Salado —jurisdicción de Salta y Santiago— y en la del río Grande de Jujuy, a mediados del siglo XVIII.

Las entradas al Chaco debieron superar los numerosos obstáculos que imponía un espacio poco transitado hasta entonces por los españoles. Penetrar en territorio indígena —adonde éstos trataron de llevar la guerra— significó para los colonizadores un denodado esfuerzo, del que frecuentemente no se obtenían los logros esperados. Es ilustrativo, respecto a estas dificultades, un testimonio datado en Lima, que hace referencia a esta condición de las tierras de los indios, «con espesuras y montes que es su mayor fuerza y defensa»¹⁶.

En síntesis, muchas de estas campañas punitivas tuvieron sólo carácter de «correrías», tal como se designaba entonces a las operaciones de repre-

¹⁵ Lozano, 1941: 319.

¹⁶ Carta al Presidente de la Audiencia de La Plata de don Pedro Frasso, sobre los mocovi del Chaco, Lima, 24-11-1682. AGI, Charcas 283.

salía después de un asalto indígena a las ciudades o establecimientos de la frontera. Las expediciones realizadas desde el Tucumán consiguieron al menos despejar el Chaco austral, fundándose un conjunto de misiones en la frontera oriental de la provincia; de acuerdo con el plan colonizador, estas reducciones servirían de resguardo a las colonias —juntamente con los fuertes fronterizos— para protegerlas de las invasiones de los rebeldes chaqueños. Es de destacar, como parte de la ofensiva colonizadora, la acción de los misioneros jesuitas, cuyas propias «entradas» al Chaco dieron como fruto la fundación de nuevos pueblos en la frontera; tal fue el caso de las reducciones vilela establecidas en los años sesenta del siglo XVIII.

El conjunto reduccional, más o menos consolidado a mediados de la década de los cincuenta, abarcaba un total de siete pueblos que albergaban a diversos grupos del espectro étnico chaqueño, tanto fronterizos como del interior. Con los indígenas concentrados en la frontera, se pensaba nutrir los fuertes y reforzar los ejércitos que debían continuar la lucha contra los grupos que permanecían atrincherados en el interior del Chaco. De la totalidad de las misiones fronterizas, las de la jurisdicción de Salta, conocidas como los «pueblos del Salado» fueron en especial las más estables y sus indígenas los mejores aliados en la guerra contra los guaycurú, alcanzando por lo demás un próspero desarrollo bajo el amparo de unas condiciones óptimas de sus terrenos para la explotación ganadera, de una situación estratégica con relación al alto Perú y mediante la eficaz administración jesuita.

INSTRUMENTOS DE LA GUERRA OFENSIVA: EL EJERCITO Y LAS ENTRADAS AL CHACO

Dentro del frente colonizador que se movilizó en la guerra contra el Chaco, se impone el análisis de las características de las milicias, concretamente del estado y composición de los ejércitos que llevaron a cabo las acciones ofensivas. En primer lugar, tenemos a los encomenderos, miembros tradicionales de las milicias; sector económicamente acomodado, con prestigio y privilegios, que eludió su participación en la guerra, limitándose sus miembros a pagar un escudero en su reemplazo o a entregar un donativo toda vez que se realizaron campañas al Chaco. Con respecto al envío de sus indios, generalmente se resistían pretextando los perjuicios que ello ocasionaba a sus haciendas.

Ante las dificultades para el reclutamiento fue necesario incorporar a las filas a compañías de «mulatos e indios foráneos»¹⁷, tal como se llevó a cabo en la gran entrada al Chaco de 1710 y en las sucesivas. De manera que no será un ejército de «españoles» el que ejecute las entradas al Chaco cada

¹⁷ Carta al rey del gobernador del Tucumán, Esteban de Urizar. Salta, 22-11-1708. AGI, Charcas 210.

vez que se quisiese activar la guerra ofensiva. Con los progresos de ésta, como veremos más adelante, se agregarían masivamente al ejército los grupos indígenas conquistados, definiéndose desde entonces un criterio más racional dentro del plan colonizador chaqueño, respecto al aprovechamiento de los indios sujetos evitando un reparto que favorecería su dispersión.

En el plano de la composición étnica de los ejércitos expedicionarios, debe mencionarse también a ese «paisanaje» al que aluden los testimonios consultados, una verdadera legión de «pobres» que debía asistir forzosamente a la guerra de fronteras¹⁸. En este conglomerado de gente, que juntamente con los indios constituían el grueso de las fuerzas operantes contra el Chaco, entraban tanto los que por su mezcla étnica eran mestizos —en elevado número además, considerando el importante proceso de mestizaje operado ya a estas alturas de la vida colonial tucumana— como los blancos de baja extracción social y escasos recursos; estos últimos, según los parámetros derivados del régimen de castas establecido, eran también considerados mestizos¹⁹.

En lo que respecta a la condición de las huestes que entraron al Chaco, tenemos como ejemplo la expedición dirigida por el gobernador Urizar en 1710, formada por 1.316 hombres de armas reclutados en la provincia del Tucumán, de los que 785 eran «españoles», repartiéndose el resto entre los indios y «pardos libres»²⁰. En ese porcentaje de blancos, es de suponer que la mayoría eran mestizos atento a las consideraciones arriba hechas, constituyendo el grueso de la tropa y siendo los españoles, en minoría, miembros de la oficialidad.

Los ejércitos que desarrollaron la guerra ofensiva conformaron un conjunto racial heterogéneo, y esta misma circunstancia desbarata la tan mentada superioridad militar del bando colonizador en el caso que nos ocupa; las ventajas que en otras circunstancias eran evidentes por la disponibilidad de corazas protectoras y armas de fuego por parte de los españoles, quedaban reducidas al mínimo. Con relación a las armas, éstas quedaban frecuentemente inutilizadas al humedecerse la pólvora en el ambiente chaqueño y por lo demás, fue acentuada su escasez en las provincias «interiores», puesto que la mayor parte de los recursos se derivaba a las fortificaciones de la costa, para atender a la defensa de las fronteras exteriores. En cuanto al uso del caballo, otrora privilegio de los conquistadores, éstos tuvieron unos diestros competidores en los guerreros «ecuestres» del Chaco, habituados a montarlos desde el siglo XVII.

La presencia indígena en los ejércitos —indios aliados e indios de servicio— fue valiosísima para los españoles, considerando el tipo de terreno a explorar y el enemigo a enfrentar, sumados al cúmulo de tareas que debían

¹⁸ Garavaglia, 1984.

¹⁹ Assadourian, 1972: 344.

²⁰ Expediente de la Junta de Guerra de Indias. Año de 1710. AGI, Charcas 284.

cumplimentarse en las campañas, principalmente la construcción de fuertes conforme se fuese «adelantando la tierra».

En este estado de cosas, resulta paradójico que en realidad los planes de conquista del Chaco descansaran en buena medida en la disponibilidad de indios «domésticos» o recién conquistados e incorporados como aliados, para poder realizar las campañas. Bien lo remarcaba el cabildo de la ciudad de Salta en un informe al gobernador de la provincia diciendo que:

«No se puede hacer la guerra que intenta Su Señoría sin mucho número de indios por ser muy necesarios y ser preciso sean más que los españoles para las fajinas y fábricas de fuertes y hospital, asistencia en la caballada y ganado vacuno y otras faenas precisas»²¹.

Dentro del plan estratégico contra los guaycurú, los españoles consiguieron en una primera etapa la sumisión de los malbalá en la campaña de 1710; este grupo fronterizo contaba con una azarosa trayectoria tras de sí, al igual que otros pueblos que habitaban el Chaco con anterioridad a la llegada de los guaycurú. Luego de una serie de migraciones, los malbalá ocuparon finalmente la periferia suroccidental chaqueña, quedando contiguos a los vilela. Allí desarrollaron sus labores de caza, pesca, pastoreo de ovejas y cultivos en pequeña escala, según las referencias de Lozano²².

Aunque poseían algunos caballos, los malbalá no estaban considerados por los españoles como «bárbaros montados», al no haberse registrado ataques reiterados y notorios a las colonias españolas para el saqueo de ganado. Respecto a este grupo, se puede calificar su situación dentro del área fronteriza y en relación a los españoles, como de una «vecindad expectante», a pesar de estar muy próximos a la frontera de Esteco, que había sido asaltada numerosas veces por los mocoví.

Al entrar los españoles al Chaco en 1710, los mocoví y malbalá se encontraban en una fase de relaciones hostiles, hábilmente explotadas por aquellos, tal como lo harían sistemáticamente, en el futuro, con respecto a las rivalidades entre los grupos. Acosados los malbalá por sus enemigos chaqueños y tras el primer encuentro con las huestes, aceptaron ser reducidos en el fuerte de Valbuena, en la frontera del Salado (Salta). Las gestiones previas fueron realizadas por medio de un guía e intérprete, de la misma nación malbalá.

La utilización de los «prácticos» en el terreno chaqueño, para que condujesen al ejército en sus marchas por las sendas desconocidas de la región fue un hecho repetido durante el desarrollo de la guerra ofensiva, siendo su presencia además, de gran ayuda para las conversaciones de paz con los grupos, ante quienes el guía oficiaba de intérprete.

²¹ Autos seguidos contra el Marqués del Valle de Tojo, encomendero de Casabindo y Cochino. Año de 1710. AGI, Charcas 328.

²² Lozano, 1941: 40.

Dentro de la estrategia colonizadora, uno de los objetivos esenciales era provocar un verdadero impacto en los indios chaqueños mediante la entrada masiva en sus tierras. Esta táctica fue aplicada en los inicios de la gran campaña de Urizar con los malbalá, primer grupo con el que se toparon las huestes. Así fue que al concluir las gestiones para la reducción de un conjunto de familias malbalá en la frontera, se dispuso que el encuentro con el gobernador fuese en un espacio abierto,

«... donde pudiesen ver los infieles toda la marcha española acordonada, para que reconociesen era verdad cuanto se les había asegurado de nuestras fuerzas y les causase tal terror, que perseverasen firmes en su deseo de nuestra amistad»²³.

Como resultado de estas primeras operaciones en la entrada de Urizar, seiscientos malbalá fueron llevados a la frontera del Salado, concentrándolos en el fuerte de Valbuena, muy cerca de la ciudad de Esteco, punto considerado entonces como «la frontera principal», esto es, por donde solían atacar los chaqueños a las colonias. Aunque en la junta de guerra convocada durante esta campaña (a fin de decidir sobre la futura reducción de los malbalá) algunas opiniones se inclinaban por el destierro de estos indígenas a Buenos Aires —para servir en los fuertes de esa jurisdicción—, y otras, en una postura más radical, a sugerir la eliminación de los adultos conservando la «chusma» —mujeres y niños hasta los catorce años—, se resolvió finalmente retenerlos en la zona fronteriza, con el fin de incorporarlos como aliados y continuar la ofensiva contra los guaycurú, usándolos también como intermediarios para la sujeción del grupo lule. De hecho, entre las instrucciones dadas por Urizar a los tercios que debían llevar a los malbalá a la frontera, se disponía que para realizar las mismas gestiones con los lule, «también ayudarían los guerreros de la nación malbalá»²⁴.

A pesar de que se reconocía íntimamente los riesgos y dificultades que implicaba mantener a los malbalá reducidos en las mismas fronteras tucumanas, principalmente por las reticencias que podía demostrar el sector de los adultos —integrado por los «hombres de armas»— a las costumbres sedentarias debido a sus hábitos de pueblos cazadores, se pensaba también en su condición de guerreros; en virtud de ésta, resultarían aliados útiles en la guerra contra los indios del interior chaqueño; decisión ésta que constituía un arma de doble filo, como lo demostró la sublevación de los guerreros al poco tiempo de reducirse al grupo en la frontera. Tras este suceso, ocurrido al finalizar la campaña de 1713, no se dudó en desterrarlos a Buenos Aires.

Con respecto al grupo lule, existía un antecedente de contacto con los españoles, pues habían estado encomendados en Esteco —una de las ciudades del Tucumán— en el siglo XVI; esta experiencia culminó con la rebe-

²³ Lozano, 1941: 340.

²⁴ Lozano, 1941: 356.

lión de los indios contra sus encomenderos, fugándose luego al Chaco. En 1703, un contingente de lules fue encontrado por una expedición encargada de reencauzar las aguas del Salado, en la jurisdicción de Santiago; al no estar aun definida la política reduccional, estos lule fueron nuevamente repartidos para el servicio personal, el trabajo en las haciendas y presidios de la frontera, aunque también con posterioridad muchos lograron escapar al Chaco.

Durante la campaña de Urizar, años más tarde, los lule ingresarían en un número considerable a las filas coloniales, en calidad de pobladores de una misión fronteriza, la primera que se fundó a las orillas del Salado, junto al fuerte Valbuena. Con esta medida vemos cumplirse, en un corto tiempo, una de las metas del frente colonizador: disponer de una buena cantidad de indios aliados en su guerra contra los guaycurú. Inmediatamente a su llegada al fuerte Valbuena —que funcionaba como un centro de adiestramiento— y poco antes de establecerse su reducción, a los lule reducidos se les hizo entrega de caballos, para acostumbrarlos a su uso pues eran «gentío de a pie»²⁵. También fueron entrenados en el manejo de armas de fuego, participando activamente en la segunda campaña de Urizar en 1713.

Con los lule se había efectuado un proceso de persuasión similar al practicado con los malbalá, para predisponerlos contra los mocoví. Los dos grupos citados participarían así en las entradas al Chaco organizadas desde el mismo fuerte Valbuena, junto a los indios «amigos»; en estas expediciones, los indios recién sometidos fueron de gran utilidad como guías e intérpretes. Por otra parte, en lo que respecta a la frontera de Jujuy, el tercio que operaba por esa zona, desplegaba su política de captación de los toba, para obtener su apoyo contra los mataguayo.

Hasta la década de los treinta, no se produjeron entradas de envergadura al interior chaqueño. En el interin, los gobernadores sólo dirigieron acciones sin importancia, en persecución de los mocoví, que habían relanzado su ofensiva contra las colonias. En 1735, en pleno período estival y con el inconveniente de fuertes lluvias —típicas de esta estación—, la expedición de Matías de Angles debió conformarse con explorar los terrenos del río Dorado; se frustraba así el objetivo de llegar al Bermejo y «castigar al enemigo», ante los innumerables inconvenientes, que el citado gobernador resumía muy bien en su informe al hablar de la «declarada contradicción del tiempo»²⁶. No obstante este fracaso, se consideraba útil el efecto de penetrar en terreno indígena, cosa que los españoles evaluaban como una verdadera ofensa, a la vez que ayudaba a mantener alta la moral de la tropa. Angles expresaba así que:

²⁵ Lozano, 1941: 402.

²⁶ Carta al rey del gobernador del Tucumán, Matías de Angles. Salta, 12-1-1736. AGI, Charcas 199.

«Han visto los enemigos holladas las tierras, cuando menos lo esperaban después de más de cinco años que no la trajinan los tercios de esta Provincia y a los nuestros ha servido esta marcha de aliento e instrucción»²⁷.

Por otra parte, cuando se tropezaba con obstáculos de diversa índole en las campañas, la estrategia española se reducía a hacer una exploración periférica del Chaco, definiéndose cada vez más la política de mantener la frontera del Salado; se tenía el convencimiento de que por este medio cundía el pánico entre los chaqueños por la presencia del ejército; de este modo, un coronel de la tropa informaba que se encontraba en campaña hace días, «para que continúe, con las frecuentes entradas de estas milicias al país de los bárbaros confinantes, el terror que tienen concebido»²⁸.

En las primeras décadas del siglo XVIII, la obra jesuítica aún no había adquirido relevancia, de manera que dentro del frente colonizador las milicias seguían siendo protagonistas de primera línea en la empresa chaqueña y con ellas el tipo de contacto entablado por los indígenas. Como consecuencia de las acciones ofensivas del Tucumán los indígenas capturados en forma aislada, fueron repartidos entre los oficiales y la soldadesca. Estas «piezas sueltas», principalmente de los grupos toba, mocovi y mataguayo, eran destinadas al servicio personal, sirviendo este sistema de recompensas como incentivo a los vecinos del Tucumán para asistir a la guerra.

Un mecanismo semejante para estimular la participación en las campañas se llegó a aplicar con los lule de las misiones del Salado; estos indios, al igual que los vilela —cuya primera reducción se fundó en 1735 en jurisdicción de Santiago—, habían experimentado un acelerado proceso de integración al mundo colonial. En los años sesenta del siglo XVIII, las misiones lule de Miraflores y Valbuena, ambos pueblos «muy subordinados», participaban activamente en las campañas al Chaco. De estas dos reducciones se reclutaba «el número de cuatrocientos indios capaces de armas», destacándose en un testimonio de la época que «son los que continuamente acompañan con fidelidad, amor y lealtad a los españoles cuando hacen entradas»; por estos servicios el gobernador Espinosa y Dávalos había dispuesto premiar a los lule, otorgándoles «venia y licencia para que pudiesen vender por el término de diez años todas las piezas de chusma que aprehendiesen en el Chaco»²⁹. Por lo demás, los lule pertenecían al status de «indios presidarios» —de servicio en los fuertes—, en virtud del cual no pagaban tributo ni tasa durante el tiempo previsto en la legislación, ni podían ser sacados por vía de mita a trabajar en las ciudades; a cambio debían participar en la defensa de las colonias e ir a la guerra.

²⁷ Carta al virrey del Perú del gobernador del Tucumán, Matías de Angles. Salta, 12-1-1736. AGI, Charcas 199.

²⁸ Informe del coronel Juan de Pestaña al rey, sobre la campaña al Chaco. Fuerte de San Fernando, 7-6-1736. AGI, Buenos Aires 49.

²⁹ Autos sobre el informe solicitado al coronel de Milicias de Córdoba sobre la guerra del Chaco. Lima, 16-10-1766. AGI, Buenos Aires 244.

Respecto a los vilela, grupo fronterizo que había experimentado contactos pacíficos y tempranos con los españoles ya desde los primeros tiempos de su reducción en San José —en la jurisdicción de Santiago del Estero, a orillas del río Dulce— fueron adiestrados para participar en la «caza» de los guerreros guaycurú. Así, el obispo del Tucumán, refiriéndose a esta condición de aliados de los vilela, expresaba que al fundarse su misión «muy (sic) se les pudo confiar el manejo de armas y caballos porque habían dado pruebas de ser buenos amigos»³⁰.

En la década de los cuarenta, se registraron importantes entradas, como las del gobernador Martínez de Tineo, quien reactivó la guerra ofensiva contra los grupos más resistentes desde que se había iniciado el conflicto fronterizo. Las operaciones militares llevadas a cabo por el citado Tineo desde 1749 lograron —complementando la tarea realizada por anteriores expediciones de menor envergadura— la sumisión de grupos de las naciones toba, abipona y mataguaya, con los que se pasó a formar reducciones en la frontera.

En la primera mitad del siglo XVIII, la actividad del ejército había sido más o menos intensa, en cuanto al desarrollo de expediciones al Chaco, independientemente de los resultados obtenidos, tanto en lo que respecta a la extensión de los terrenos explorados como al sometimiento de los grupos indígenas rebeldes. Aunque con unas motivaciones diferentes a las que movían a los grupos chaqueños, la guerra se había convertido en uno de los asuntos prioritarios de gobierno a lo largo de estos años de conflicto fronterizo. «El primer negocio y el más importante que se trata en esta provincia es el de la guerra, porque de sus buenos efectos resulta la felicidad espiritual y temporal»³¹, expresaba en un informe al rey el gobernador Tineo, pero lo cierto es que uno de los problemas más graves que debieron enfrentar los gobiernos tucumanos fue la resistencia de los vecinos a sostener la guerra.

En 1759 se realizó la gran expedición al Chaco conducida por Espinosa y Dávalos, en la que intervinieron otras provincias además del Tucumán, con el objetivo de explorar el Bermejo, lo cual se hizo en casi todo su recorrido. Esta entrada a tierras chaqueñas, fue una de las de mayor trascendencia en cuanto al espacio transitado, ya que los tercios del Tucumán llegaron prácticamente hasta la ciudad de Corrientes, bordeando el Bermejo. Uno de los aspectos más relevantes de esta incursión por el terreno indígena fue probablemente el que destacaba el gobernador de Buenos Aires —jurisdicción que también participó en la campaña— quien se mostraba satisfecho por esta entrada a tierras del Chaco, a las que «desde tiempo inmemorial hasta ahora, no habían penetrado enteramente las armas de esa Provincia (el Tu-

³⁰ Expediente sobre la visita obispaal a las reducciones de la frontera del Chaco. Córdoba, 20-6-1768. AGI, Buenos Aires 614.

³¹ Carta al rey del gobernador del Tucumán, Juan Martínez de Tineo. Salta, 28-7-1752. AGI, Buenos Aires 49.

cumán) ni de otra ninguna»³². Esta observación entronca perfectamente con el criterio sostenido por el frente colonizador del Tucumán desde el comienzo de la guerra ofensiva: la necesidad de mantener atemorizados a los indígenas mediante una presencia militar abrumadora, lo que en estas circunstancias se había cumplido satisfactoriamente, atento a que la entrada fue hecha conjuntamente por varias jurisdicciones.

En lo que respecta a los grupos guaycurú, las acciones militares emprendidas por el Tucumán, recién lograron «desarmar» parcialmente a los mocoví en la década de los cuarenta, fundándose una reducción en las fronteras de Santa Fe; evidentemente, fue operándose un repliegue de estos grupos hacia esta jurisdicción al intensificarse la guerra ofensiva desde el Tucumán. A pesar de encontrarse su misión fuera de esta última provincia, el gobernador Campero los utilizó como mediadores durante su campaña de 1765 para obtener la reducción de los mocoví rebeldes.

En la segunda mitad del siglo XVIII, si bien continuaron las operaciones contra los indios chaqueños en el marco de la guerra ofensiva —o sea, mediante la planificación y ejecución de grandes entradas—, lo cierto es que en esta etapa la actuación de la Compañía de Jesús, encargada de la administración de las reducciones fronterizas, alcanzó notorios progresos. Aunque se hallaban en la frontera reducciones de los diversos grupos del Chaco, la acción desplegada por la Compañía en todo el período que se extiende desde 1750 hasta su expulsión, estará dirigida a la consolidación de los pueblos fundados, mediante la agregación de nuevas familias o parcialidades a estos últimos, manteniendo los criterios de afinidad étnica.

Además, la labor de los jesuitas no se limitó al cuidado de los pueblos establecidos, sino que ejecutaron sus propias entradas al Chaco, con el fin de agregar indígenas a los mismos. En estas gestiones, los jesuitas procedieron de manera similar a las milicias: se valieron de los reducidos para llevar a cabo sus campañas de captación de la población rebelde. En cuanto al apoyo militar que significaba la participación de los indígenas de las misiones en estas entradas al Chaco, se pueden ver claramente en el informe de un doctrinero de los vilelas de la misión San José, quién comentaba que «muchos de dichos indios son buenos flecheros y me acompañaron gustosos en las entradas al Chaco»³³.

Indudablemente, la concentración de los indígenas en reducciones, si bien impidió la explotación intensiva de esta mano de obra por parte de otros sectores coloniales, sirvió igualmente al frente colonizador en lo que respecta a la disponibilidad de recursos humanos para llevar adelante la gue-

³² Carta al gobernador del Tucumán de Pedro Ceballos, gobernador de Buenos Aires. San Borja, 30-5-1760. AGI, Buenos Aires 18.

³³ Carta al gobernador del Tucumán del padre José B. de Zamora. Santiago del Estero, 30-1-1750. AGI, Charcas, 199.

rra contra los grupos chaqueños que permanecían hostiles a la conquista en lo más interior del Chaco.

EL DOMINIO DE LAS TRIBUS CHAQUEÑAS: PACTOS Y CAPITULACIONES

En cuanto al proceso de sometimiento de los diversos pueblos chaqueños, desarrollado por medio de las entradas del ejército colonial, tenemos que, en líneas generales, fue gradual en todos los casos; esta circunstancia se volvió particularmente desventajosa en lo que respecta al dominio de las «naciones» más belicosas del Chaco.

La existencia de reducciones de indios guaycurú en la frontera y el mantenimiento, en forma paralela, de la guerra contra indios de los mismos grupos reducidos —refugiados en el Chaco— fue uno de los obstáculos más serios para el avance de la guerra ofensiva y la consolidación de las misiones fronterizas.

Hemos señalado anteriormente el papel de las milicias en sus entradas al Chaco: podemos pensar que por la fuerza numérica que a veces ostentaban —en general, las entradas se ejecutaban con un ejército cuya composición oscilaba entre los 1.500 y los 3.000 hombres, en este último caso cuando actuaban otras provincias junto al Tucumán—, realmente constituían un instrumento para atemorizar a los indios; y, en lo que respecta a las características de sus componentes, la presencia de contingentes indígenas provenientes de las flamantes misiones es de suponer que obraba como elemento persuasivo, cuando no provocaba una postrera reacción de los rebeldes contra los pueblos fronterizos.

Dentro del conglomerado de indígenas que participaban en las expediciones al Chaco, se destacaban los llamados por los españoles «lenguaraces» —conocedores del idioma español—; éstos oficiaban además como guías en las marchas del ejército e intérpretes en las tratativas iniciadas por los colonizadores para reducir a los grupos y concretar las capitulaciones con los mismos, por las que se hacía conocer a los indígenas las condiciones de la paz establecida.

Estas capitulaciones eran normalmente precedidas por las «deliberaciones» o «conversaciones de paz», sin que en muchos casos las precediera un enfrentamiento bélico, como ocurrió con los lule y vilela. Con los términos antes indicados, se denominaba la práctica imposición de las condiciones que los españoles consideraban convenientes en lo que se refiere a la reducción de los grupos indígenas.

En una primera fase, el jefe de la campaña —generalmente el gobernador de la provincia, su lugarteniente o algún otro oficial de rango— dirigía un llamamiento a los indígenas, lo que en los partes de campaña aparece de-

signado como «exhortación»; a través de ésta, se solicitaba la rendición del grupo —vencido o simplemente encontrado por las huestes— para someterse a la «vida civil y política» en pueblos que se les fundaría en la frontera. Estas gestiones eran en la práctica un auténtico requerimiento —antiguo recurso de la conquista—, basado obviamente en la convicción de los españoles respecto a la conveniencia de sus propuestas, referidas esencialmente a la adopción de la forma cristiana de vida y los valores consagrados por el mundo occidental europeo.

En este punto cabe señalar que el espíritu y características de lo que los colonizadores enarbolaron como el instrumento válido para legitimar sus conquistas —el requerimiento—, impregna también todo el proceso de capitulaciones observado en la reducción de los malbalá y lule, ampliamente documentada por Lozano en su crónica chaqueña. Estas capitulaciones se presentan como el intento de convalidar el derecho de los españoles a imponer a los indígenas la aceptación de su reducción. Estas argumentaciones eran leídas a través de intérpretes —aspecto que en esta etapa colonizadora se trató de no descuidar, para dar un viso de mayor validez a tales gestiones—, aunque en muchos casos las frecuentes oscilaciones en la postura sostenida por los grupos frente a los colonizadores, fueron adjudicadas por éstos al falseamiento, por parte de los intérpretes, de lo que debían comunicar.

En algunos casos, las capitulaciones sellaban un largo periodo de luchas o bien sucedían inmediatamente a treguas acordadas. En lo que respecta a la conquista chaqueña en el siglo XVIII, las primeras capitulaciones fueron celebradas con los malbalá. En estos actos los españoles proyectaron su particular sistema de valores, lo cual les servía como marco de referencia para poder desarrollar este tipo de gestiones, dirigiéndose por lo general a los jefes indígenas; éstos eran no sólo receptores de los «dones», cuya entrega formaba parte de la política del «agasajo» —tal como llamaban los españoles a la donación de diversos objetos, con el fin de ganarse la voluntad de los líderes—, sino también de un trato preferencial y ciertas adulaciones; normalmente, esto se materializaba en la concesión de títulos y honores militares.

De esta manera, durante la expedición de Urizar en 1710, éste despachó a un tercio para que sacase a algunas parcialidades lule de sus asentamientos, comunicando posteriormente dicho gobernador al rey, que salieron «prontos todos, con sus mujeres e hijos gobernados de su cacique principal, a quien y a sus capitanes vestí y di varios dones, ajustada la paz debajo de las capitulaciones convenientes»³⁴; en consecuencia, podemos decir que simbólicamente los indígenas quedaban «comprometidos» con los colonizadores quienes, a través de estos actos, consideraban se daba un paso importante en su integración, previo a la vida en reducción.

³⁴ Carta al rey del gobernador del Tucumán, Esteban de Urizar. Salta, 24-7-1713. AGI, Charcas 284.

Estos procedimientos continuaron en vigencia incluso con los indios reducidos, sobre todo si se necesitaba su intermediación para lograr la captación de parcialidades rebeldes del mismo grupo. El testimonio que transcribimos a continuación, referente a los pactos establecidos con los mocoví durante la campaña dirigida por el gobernador Campero en la década de los sesenta, es sólo uno de los muchos que quedaron sobre la concertación de treguas y capitulaciones, todos absolutamente similares en lo que respecta a los mecanismos desplegados; el citado funcionario, relataba así al Consejo de Indias lo obrado, durante la entrada de 1765, con un jefe mocoví y un contingente de 250 indios, luego de haber remarcado el trato cristiano que les dispensó:

«... y haciéndole vestir decentemente al cacique, un hijo suyo que traía y a dieciocho indios principales que le acompañaban, los hizo volver a la reducción de donde habían salido, honrando al primero con el título de capitán»³⁵.

Diversas fueron las designaciones utilizadas por los españoles a los efectos de introducir un rígido orden jerárquico en la vida de los grupos indígenas, tales como la de «cacique mayor», «cacique menor», «principal gobernador», «capitán», etc. El otorgamiento de grados militares y políticos era un modo de «convertirlos», en forma paralela y aun anterior a su bautismo, llevándose a cabo una asimilación de los indios al universo cultural de los colonizadores, mediante la proyección de los valores de éstos y favoreciendo así la diferenciación en el seno de sus comunidades. Esto constituía un elemento altamente peligroso, ya que atentaba contra el carácter igualitario de las sociedades primitivas, modelo en el que se insertaban los pueblos guerreros chaqueños. No obstante la existencia de casos como el de los malbalá, quienes poco después de reducirse se sublevaron en la frontera, es de pensar que la convivencia prolongada de estos grupos con una sociedad jerarquizada y la existencia de nuevos parámetros para medir la posición de los individuos dentro de la sociedad, generase, especialmente en los jefes una fuerte «tentación de poder».

Lo acontecido con los malbalá es muy ilustrativo a los efectos de plantear el problema de la capacidad del liderazgo para garantizar el cumplimiento de los acuerdos establecidos con el mundo colonial. El levantamiento de los guerreros en el fuerte Valbuena, donde se había reducido al grupo malbalá, es síntoma de un descontento del mencionado sector, el de los hombres de armas, ante la nueva situación pactada por sus líderes. ¿No significaba acaso un corte en la carrera de los guerreros, una suspensión de su ascenso hacia la adquisición de prestigio, al quedar «pacificados» y no hacer la guerra? De hecho, la presión de los guerreros para no aceptar la sumisión del grupo, está claramente manifiesta en las dos rebeliones ejecutadas;

³⁵ Carta al rey de Juan M. Campero, gobernador del Tucumán. Salta, 7-3-1765. AGI, Buenos Aires 18.

la primera, ya mencionada, la segunda, producida durante el traslado a Buenos Aires, decidido precisamente para evitar una nueva sedición.

En lo que respecta a los «dones» que se entregaban a los jefes consistía generalmente en ropa, tabaco y en especial carne de vaca; se buscaba generalmente un tipo de provisiones a las que los indígenas no tenían fácil acceso, salvo en los asaltos a las colonias, como en el caso de los vacunos. Se perseguía con esto resaltar las ventajas que prometía la vida en reducción, firmemente convencidos los españoles de que el hambre era el gran factor movilizador de los indígenas hacia las colonias. Pero también debe considerarse el regalo de vacas como factor que introduciría grandes modificaciones en la mentalidad de los guerreros cazadores, quienes vieron en estas dádivas la oportunidad de asegurarse provisiones, sin aventurarse en las operaciones de caza; se origina así una gran dependencia de los grupos cazadores respecto a los centros fronterizos de donde podían sacar provechos materiales.

Este es sólo uno de los aspectos que enmarcaron la práctica de las dádivas españolas en el proceso de reducción de los grupos y son bastante ilustrativas del espíritu con el que se acercaron los colonizadores a la población nativa. Creemos aquí que la tradición de la conquista, como hemos señalado para otros aspectos de la colonización chaqueña, aparece con toda su fuerza en el proceder de los conquistadores tucumanos, en lo que respecta a los diversos usos instaurados a lo largo de los siglos de vida colonial, con las lógicas variaciones que la distancia temporal y las características de un espacio imponían en este caso. En relación a estos dones, y citando Todorov las Ordenanzas de 1573 relativas a las condiciones de los tratos con los indígenas, comenta acerca de lo que vendría a ser el equivalente del «agasajo» en la conquista chaqueña, que «estos regalos debían ser de poco valor, siguiendo la tradición del bonete rojo regalado por Colón»³⁶.

En las circunstancias específicas de la conquista chaqueña, además de las insignificancias obsequiadas —Lozano habla de «presentillos» y «donicillos»³⁷—, un obsequio muy recurrente eran las vacas, elemento considerado esencial en la política del agasajo, para mantener buenas relaciones con los indígenas no reducidos y evitar su asedio a las colonias. Esto se vio claramente con los mataguayo —indios fronterizos de Jujuy—, a quienes se pretendía reducir nuevamente en los años setenta, tras los frustrados intentos de años atrás; respecto a ellos se había dispuesto que, apesar de su asalto al fuerte Valbuena, no se les castigase y se les «agasajara» con «ocho reses muertas en cada mes para que coman»³⁸.

En lo que se refiere a la postura de los grupos indígenas durante el proceso de las capitulaciones, encontramos que en muchos casos la presión co-

³⁶ Todorov, 1987: 188.

³⁷ Lozano, 1941: 368.

³⁸ Informe de Gerónimo Matorras al gobernador de Buenos Aires. Salta, 8-2-1768. AGI, Buenos Aires 143.

lonial y las condiciones derivadas de su situación en el área chaqueña, les llevaron a aceptar este tipo de pactos con los españoles y en este sentido, nada más ejemplificador que la temprana sumisión de los lule. En otros casos, eran arreglos oportunistas y provisorios, como lo demostró la capitulación de los malbalá, para salir del paso al asedio mocoví.

Entre los guaycurú, las gestiones realizadas con jefes e «indios principales» del grupo mocoví, ponen de manifiesto las estratagemas para «entreteñer al español» y facilitar la huida del grupo al Chaco. Durante las campañas de Urizar, las treguas «apalabradas» para concretar posteriormente la reducción de algunas familias mocoví que merodeaban la frontera, no llegaron a buen fin, ante el incumplimiento de parte de los jefes de la promesa de traer a su grupo, para concretar las paces.

Siendo los guaycurú los más tenaces enemigos de las colonias, la estrategia española desde los inicios de la guerra ofensiva apuntó a obtener por medio de pactos la alianza con las tribus fronterizas del Chaco, para hacer la guerra a los primeros. Al menos eso indicaban los pactos celebrados con los malbalá, lule y vilela, por medio de los cuales éstos se comprometían a sumarse a la ofensiva colonizadora. Incluso Lozano hace referencia a los «premios» que se darían a los nuevos aliados en las campañas contra los guaycurú, que consistirían en aquellas cosas «de que ellos hacen grande estima»³⁹. Se buscaba con estas recompensas neutralizar posibles reacciones agresivas de los recién sometidos, en usufructo de los intereses de la guerra contra los mocoví. En el caso de los lule, y atendiendo a los antecedentes de fuga al Chaco, para mantener su adhesión en esta nueva etapa, se especificó muy bien en las capitulaciones «que nunca habían de ser encomendados, ni repartirse a los españoles»⁴⁰.

La ruptura de capitulaciones por parte de los indígenas, como ocurrió con los malbalá, pone a la luz un comportamiento que los españoles calificaban como actos de deslealtad, engaño y traición, demostrando con ello que despreciaban el trato y la amistad del español. Refiriéndose Clastres a este aspecto de las relaciones entabladas por los indígenas con los conquistadores y haciendo hincapié en lo que los etnógrafos definieron como «inconstancia» o «gusto por la traición», nos dice que:

«Una vez más, no se trata de psicología primitiva: la inconstancia significa, simplemente, que la alianza no es un contrato, que su ruptura jamás es percibida por los Salvajes como escándalo y que, por último, una comunidad dada no tiene siempre los mismos aliados ni los mismos enemigos»⁴¹.

³⁹ Lozano, 1941: 362.

⁴⁰ Lozano, 1941: 361.

⁴¹ Clastres, 1981: 206.

LAS RELACIONES CON EL LIDERAZGO INDIGENA

Puede decirse que como referencia necesaria y natural proyección de su mundo de valores, en la comunicación establecida por los españoles con los indios chaqueños se buscó fundamentalmente el trato con la jefatura. Los colonizadores desplegaron sus habituales mecanismos de adulación con los individuos que llamaban «principales».

La afanosa tarea de captación de los individuos capturados —a veces en acciones aisladas de las milicias— pone de manifiesto una lúcida estrategia por parte de los españoles para la conquista de los chaqueños. En la mayoría de los casos, los individuos apresados en los operativos del ejército resultaban ser jefes, sorprendidos a menudo cuando espiaban las fronteras; siendo el espionaje un procedimiento muy utilizado por los indígenas, es de suponer que tales tareas, por el riesgo que implicaban, les fueran adjudicadas a aquellos hombres que por su arrojo y decisión ostentaban la categoría de jefes.

La «conversión» de un prisionero indígena debía hacerse básicamente a partir del aprendizaje de la lengua de los conquistadores, según el criterio de éstos; esto puede constatarse en el caso del indio malbalá que guió la expedición de Urizar en 1710. Dicho individuo, apresado tiempo atrás, había interesado por su condición de jefe; esta circunstancia, complementada con un período de aislamiento, alejándolo de todo contacto con su grupo y posibilidad de fuga al Chaco, conducirían, a juicio de los españoles, a su asimilación total. Respecto a este prisionero expresaba el gobernador Urizar a la corona que «habiendo conocido que era caudillo, mandé llevarlo a Buenos Aires donde aprendiese la lengua española sin riesgo de volverse a sus tierras»⁴². Es así que los conquistadores pensaron acertadamente en la lengua como vehículo esencial para la integración del neófito e inculcarle «afición al español», cumpliéndose con el prisionero malbalá las previsiones de los colonizadores, al convertirse en guía e intérprete de las primeras incursiones al Chaco, en el siglo XVIII.

En el consenso que gozaban estos individuos dentro de su grupo, descansaban las expectativas de los españoles respecto a conquistarlos. En las capitulaciones con los malbalá, se especificaba que «los caciques de la nación y capitanes atenderán vigilantes a mantener juntas en su pueblo todas las familias de su nación»⁴³. Por otro lado, conociendo las intenciones de los españoles de concentrar las bandas dispersas de un mismo grupo para reducirlo en la frontera, los líderes que normalmente intervenían en las gestiones para la reducción, usaban como medio de convicción la promesa de reunir a las familias de una misma parcialidad. Así, en relación a un jefe toba apresado en la frontera de Jujuy, comenta Lozano que, «porque dijo que

⁴² Carta al rey del gobernador del Tucumán, Esteban de Urizar. Salta, 24-7-1713. AGI, Charcas 284.

⁴³ Lozano, 1941: 344.

quería volver a recoger su gente, se le despachó con bastante provisión»⁴⁴; con este hábil recurso, los jefes indígenas solían emprender su fuga al Chaco, escapando al acoso colonial.

La labor persuasiva continuaba dentro de la misión, en cuyo marco era previsible la aparición de actitudes hostiles, circunstancias en las que serían de utilidad los jefes, a los que, por ende, se duplicaban las atenciones; la comunicación con los líderes indígenas constituía, pues, uno de los elementos básicos para desarrollar la empresa colonizadora.

En cuanto a otros aspectos relacionados con los líderes indígenas y la postura de los españoles hacia ellos, se observa curiosamente un detalle: la falta de descripciones individualizadas de estos jefes por parte de las milicias que con ellos se enfrentaron o realizaron diversas tratativas para su reducción. Es obvio que esta información producida por las huestes obedeciera a la fuerte influencia del concepto de «barbarismo», aplicado en general a todos los pueblos del Chaco. Si atendemos a los testimonios con que contamos para la caracterización de los jefes chaqueños, habría que hacer una pequeña diferenciación con respecto a los relatos de los misioneros. Estas crónicas difieren un tanto del resto de las reseñas relativas al liderazgo por cuanto abundan a veces en detalles que son pintorescos o aquellos que son objeto de curiosidad para el europeo; es el caso de la folklórica descripción de un jefe malbalá, efectuada por Lozano, en ocasión de la celebración de las capitulaciones:

«Venía vestido de una camiseta labrada de varios colores; en los puños traía brazaletes, y de sus orejas pendían dos arracadas labradas de cuentas de vidrio y borlas de varios colores»⁴⁵.

Por otra parte, siguiendo esta misma crónica, nos encontramos con alusiones que sugieren algo más sobre los jefes indios; a pesar de que estas referencias suelen ir teñidas de prejuicios similares a los contenidos en los relatos de las milicias, tienen el valor de detener la mirada en algunos individuos y no ofrecer la visión «masificada», nunca mejor sintetizada que en la expresión «bárbaro gentío». Así, refiriéndose Lozano a un jefe mocoví «que había ejecutado estragos en la frontera», agregaba que «en la realidad era indio valiente, astuto y sagaz»⁴⁶.

En otros casos, existen matices despreciativos en las descripciones de estos cabecillas, cuando la labor misionera se vio obstaculizada por la resistencia del grupo a la integración. En tales oportunidades se culpabilizaba a los jefes por entender que en éstos se hallaban sumamente acentuados los «vicios», al ser los auténticos representantes de su comunidad; en consecuencia eran los responsables de las rebeldías:

⁴⁴ Lozano, 1941: 377.

⁴⁵ Lozano, 1941: 337.

⁴⁶ Lozano, 1941: 331.

Cabe agregar que entre los misioneros, o en este caso concreto de la crónica de Lozano, pueden observarse otras aportaciones respecto al conocimiento de los líderes y su percepción por parte de determinados sectores del frente colonizador; en estas características influye por cierto el tipo de contacto mantenido con los indígenas, más prolongado en el caso de sus doctri-neros. La postura de Lozano es, por su parte, acorde con la de un testigo designado oficialmente por la Compañía, y en calidad de tal revela otros matices del comportamiento indígena que no implican necesariamente juicios de infravaloración, como generalmente sucedía, bajo la influencia de una óptica etnocentrista.

En lo referente a otros sectores de la vida colonial, resalta la unificación de criterios, en un notorio proceso de simplificación, en las menciones que se hacen de los indígenas en los diversos testimonios relacionados con el desarrollo de la guerra ofensiva, ya sea cartas, informes o partes de campaña. Es, pues, por esta circunstancia misma de la guerra, que las referencias a los jefes indígenas suelen remarcar aquellos rasgos indicativos de la —a juicio de los colonizadores— condición de «bestias» o «salvajes» de los grupos chaqueños. Toda alusión a los jefes, de los cuales raras veces se indica el nombre —que por efecto de la falta de comprensión de la lengua indígena venía por añadidura deformado—, hacia por lo general hincapié en su «bárbara crueldad» contra los españoles; sin descuidar, por lo demás, los atributos de «infiel», rasgo importante de consignar, atento al carácter de cruzada evangelizadora que se trató de imprimir a toda empresa de conquista.

Un cambio de signo en el discurso referente a los líderes se manifiesta con posterioridad a nuestro período, y ello es quizá revelador de ciertas variaciones en el funcionamiento del liderazgo entre los grupos chaqueños. Por otro lado, largos años de enfrentamiento con los chaqueños, llevaron de alguna manera al español a realizar observaciones más minuciosas respecto a los líderes, especialmente los del grupo guaycurú. La estrategia desplegada por éstos durante el desarrollo de la guerra ofensiva, durante la que demostraron gran capacidad de resistencia para oponerse a los intentos colonizadores, cuando muchos de sus vecinos ya habían claudicado, despertó en cierto sentido la admiración de los conquistadores. Esta nueva tónica se refleja en la semblanza que del jefe mocoví Paikin trazó el gobernador Matorras durante su famosa campaña de 1774, en que se ajustaron las paces con dicho grupo; en su informe destaca su «gran robustez, entereza, bastante comprensión y legalidad en su trato»⁴⁷. Una nueva denominación aparece con respecto a este jefe indígena a quien se alude como «primer caporal del Chaco»; esta definición es producto quizá de las nuevas respuestas de los indios rebeldes chaqueños al cada vez más estrecho cerco colonial: la alianza y confederación de diferentes grupos bajo una figura fuerte, que aunara to-

⁴⁷ Informe de Gerónimo Matorras sobre la expedición pacificadora del Gran Chaco. AGI, Buenos Aires 143.

dos los esfuerzos por resistir. Esta circunstancia es indicadora de profundos cambios en las relaciones interétnicas del área chaqueña, dentro de las que los diversos grupos tradicionalmente habían defendido su independencia, a la vez que importantes alteraciones en la esencia del sistema de liderazgo⁴⁸.

EL SOMETIMIENTO DE LOS INDIOS CHAQUEÑOS: CAPITULACIONES Y REDUCCION

Durante el proceso de conquista y vida en reducción, podemos marcar la existencia de variados comportamientos, por parte de los grupos indígenas, como reacción al impacto de la presencia española. En general, esas respuestas estuvieron condicionadas por las particularidades de la dinámica interna del área chaqueña.

En la mayoría de los casos, puede decirse que la aceptación del sistema de reducción por parte de los indígenas chaqueños, se debió al fuerte acoso colonial, en especial entre los grupos de la periferia, que sufrieron una presión espacial concreta, sumada a la ejercida por los pueblos del interior chaqueño. También al reducirse podían acceder más fácilmente a los bienes coloniales, sin dejar por ello de ejercer un tipo de resistencia pasiva, tal como el abandono de la misión, el desgano en el cumplimiento de los trabajos asignados por los misioneros o la negación al adoctrinamiento religioso.

Entre los factores que podemos considerar favorables para el sometimiento de los grupos, cabría señalar en primer lugar la situación periférica de algunos de ellos dentro del área chaqueña. Muchos de los pueblos fronterizos habían sido desplazados por los guaycurú hacia los confines chaqueños, quedando limitrofes con las posesiones coloniales. Este relegamiento —hacia los límites noroccidental y suroccidental chaqueño— a que fueron sometidos los grupos mataguayo, malbalá, vilela y lule, generó profundas tensiones con los guaycurú; circunstancia ésta que benefició a los colonizadores en su proyecto de captación de los chaqueños fronterizos.

Tanto los lule como los malbalá, reducidos en la primera gran entrada de 1710, se encontraban además en una situación de «disponibilidad» para el contacto, lo cual no evitó, en el caso de los primeros, cierto tipo de resistencia a la colonización, en el marco de las instituciones fronterizas. Los lule, por su condición de «indios de a pie» y su tradicional enemistad con los mocoví, ingresaron automáticamente en la categoría de «indios dóciles y pacíficos» —y que paradójicamente los españoles querían captar para la guerra—, y, por tanto, susceptibles de ser aliados; de hecho, hemos visto su rápido entrenamiento con los caballos y armas de fuego en Valbuena, para

⁴⁸ Ver Saignes, 1985, para los problemas relacionados con los cambios en el liderazgo, en situaciones de asedio colonial. Aunque referido al caso de los chiriguano, es interesante su aporte en cuanto se trata de un pueblo guerrero confinante con el Gran Chaco.

intervenir en las expediciones chaqueñas. En relación a otros grupos del Chaco, los lule gozaban de mejor fama entre los españoles; un misionero de los mataguayos destacaba las virtudes de los lule, que los sustraían de ese «barbarismo trascendental»⁴⁹, propio de todas las naciones del Chaco.

Los malbalá, pueblo de cazadores de la periferia chaqueña, no desconocían, sin embargo, la agricultura y el pastoreo. Los condicionamientos que los llevaron a aceptar provisoriamente su reducción en la frontera, eran similares a los experimentados por los lule, en lo que respecta a la relación con sus vecinos mocoví. Sin embargo, su rechazo al dominio español se manifestó en forma violenta, mediante dos rebeliones protagonizadas por los guerreros del grupo. Tras la segunda, se los reprimió duramente, «de suerte que de los guerreros ninguno quedó vivo»⁵⁰. Los 170 malbalá que se salvaron fueron agregados a los quilmes —trasplantados tras las guerras calchaquies en el Tucumán—, en la jurisdicción de Buenos Aires.

En cuanto a los chunupí, parcialidad de los vilela, definidos como «infieles pero mansos»⁵¹, se encontraban también en relaciones tensas con los mocoví. No obstante reconocerse su condición de indios pacíficos, el primer contacto que se tuvo con los vilela a raíz de la campaña de 1710 —que exploró sus asentamientos—, es señalado como «pacificación», lo cual indica que si bien no se obraba ofensivamente contra estos grupos sin caballos —para asegurarse su alianza—, se adoptaban posturas de suma precaución y desconfianza —actitudes que los españoles solían reprochar a los indígenas—, convencidos de que potencialmente todos eran enemigos. Mediante estas tratativas «pacificadoras», los españoles buscaban prevenir posibles reacciones en su contra. A decir verdad, para los grupos que no atacaban las colonias, la entrada del ejército podía constituir en sí misma una provocación.

En el caso de los vilela, se remarcó sus atributos de «indios valientes», en la medida que eran enemigos de los toba y mocoví. Al grupo vilela se extendió también la oferta colonizadora de levantar sus asentamientos e ir a poblar la frontera. Pero lo cierto es que los vilelas no fueron reducidos inmediatamente, manteniéndose el tipo de contacto pacífico mediante el comercio de la cera y la miel, que se venía desarrollando hasta entonces. La primera reducción vilela se fundó recién en 1735, continuándose el poblamiento de la frontera con diversas parcialidades de este grupo en la década de los sesenta.

Durante las campañas de 1710 y 1713, e incluso en las entradas que se hicieron en la década de los años veinte, la empresa misionera no había

⁴⁹ Carta del padre Juan Andreu, de la Compañía de Jesús. Misión de Miraflores, 22-11-1757. Manuscrito n.º 18.577. Biblioteca Nacional de Madrid.

⁵⁰ Carta al rey del gobernador del Tucumán, Esteban de Urizar. Salta, 24-7-1713. AGI, Charcas 284.

⁵¹ Lozano, 1941: 363.

prosperado aún en las fronteras, continuando el reparto de indios sueltos, capturados principalmente entre los toba, mocoví y mataguayo. Con estos pueblos, al igual que con el grupo abipón, se concertarían pactos en la década de los cuarenta.

Tras el destierro de los malbalá y hasta la fundación de la misión vilela en Santiago —1735—, sólo estaban en pie las misiones lule. Las primeras experiencias con estos lule reducidos no se desarrollaron con grandes alteraciones, pero sí se detectaron acciones de «agitación» de algunos cabecillas, bajo la influencia chamánica, según refiere Lozano⁵².

Por causas fortuitas, también los lule se vieron impulsados a abandonar las reducciones; la peste de viruelas no sólo produjo una elevada mortandad de indígenas, sino que provocó la desertión de éstos en cadena. Si bien los españoles reconocían los estragos producidos por las enfermedades, sorprende que al abandonar los indios la reducción tras la epidemia de viruelas, no se adjudicase tal hecho al pavor desatado entre los reducidos, sino a los «vicios», la «inconstancia» y la nociva influencia de los guerreros. Así, el gobernador del Tucumán, refiriéndose al estado de la misión lule después de este azote, se quejaba de los escasos progresos atribuyéndolo fundamentalmente a las dificultades que ofrecía el adoctrinamiento con «los guerreros de crecida edad, porque en ellos se han hecho naturaleza las costumbres inculcadas como irracionales»⁵³.

Atento a la vecindad de los pueblos cazadores guerreros a las misiones fronterizas y considerando su tradicional enemistad con los grupos reducidos, estos establecimientos de la frontera, al igual que las colonias, fueron atacados continuamente por los guaycurú; éstos veían en las misiones las mismas posibilidades de abastecimiento que en los diversos centros coloniales.

En cuanto al grupo mataguayo, que ocupaba la periferia noroccidental chaqueña, siendo fronterizo a Jujuy, al iniciarse las operaciones ofensivas en el siglo XVIII, hubo resistencia armada ante la penetración de los tercios españoles. En esta oportunidad, un grupo de cien guerreros apareció protagonizando asaltos al campamento español establecido cerca de sus asentamientos, incluyendo robo de caballos. Además, los mataguayo solían actuar conjuntamente con los toba, para atacar las haciendas de Jujuy. Incluso Lozano presenta a los mataguayo como indios cazadores y con características guerreras similares a las del grupo guaycurú⁵⁴, facetas que explican su fuerte rechazo a los colonizadores.

Los mataguayo opusieron resistencia a la conquista, siendo su sometimiento tardío en relación a otros grupos de la periferia chaqueña. No obs-

⁵² Lozano, 1941: 399

⁵³ Carta al rey del gobernador del Tucumán Esteban de Urizar. Salta, 4-8-1714. AGI, Charcas 284.

⁵⁴ Lozano, 1941: 86.

tante la actitud hostil de los mataguayo —de los que no se sabe ciertamente si tenían caballos en proporciones semejantes a la de los grupos «montados» del Chaco—, aparecen curiosamente calificados como «gente de a pie»⁵⁵, por un misionero a mediados del siglo XVIII. Es probable que ocupando territorios donde eran más susceptibles de padecer la presión colonial, los mataguayo hayan sido desprovistos de caballos en forma progresiva, disminuyendo poco a poco su capacidad de movilidad y resistencia, operándose un fenómeno de sedentarización gradual a lo largo del periodo de enfrentamiento con los españoles.

En el sometimiento de los mataguayo, incidió especialmente el «adelantamiento de la tierra» llevando a cabo por las sucesivas campañas chaqueñas, y mediante la instalación de fuertes en la jurisdicción de Jujuy, en la década de los cuarenta. A pesar de que se logró llevar en 1750 al fuerte de Ledesma un número de 3.500 mataguayo⁵⁶, este estado de cosas no duró mucho tiempo; en su primera estancia en las fronteras tucumanas, los mataguayo demostraron su rechazo a la colonización por medio de comportamientos no violentos: en forma ininterrumpida fueron fugándose del fuerte para volver a sus antiguos asentamientos. Tres años más tarde, se redujo a 500 indios de este grupo, en un fuerte situado más al sur; en la jurisdicción de Salta, limitándose sus posibilidades de huir al Chaco. Un año después hubo un nuevo traslado, ocupando nuevamente un punto estratégico de la frontera, junto al fuerte del Piquete, también en territorio salteño; esta mudanza se efectuó atendiendo a las pretensiones de los mataguayo, que preferían una situación fronteriza, para poder practicar su doble juego.

En estas circunstancias, los mataguayo aceptaban la capitulación con condiciones, de acuerdo a sus intereses, buscando, por un lado, el amparo colonial —en tiempos de ruptura de su alianza con los toba— y, por otro, el asentamiento en un punto fronterizo que les facilitase la escapada a sus antiguos territorios. De hecho, alrededor de 1.500 mataguayos abandonaron este tercer emplazamiento, tras amotinarse y matar al doctrinero. Luego de estos frustrados intentos con los mataguayo, la reducción fue trasladada al fuerte Ledesma, con un total de 600 indios; no obstante, con la expulsión de los jesuitas, se produjo la consabida dispersión del grupo, restableciéndose la misión bajo la administración franciscana, años después.

En la década de los sesenta, y a pesar de la trayectoria que traían a sus espaldas, los mataguayo iniciaron contactos pacíficos con el mundo colonial a través del conchabo, mediante el cual servían como peones en haciendas de la jurisdicción de Salta. Puede calificarse esta reacción como producto de una progresiva sedentarización del grupo, a pesar de los comportamientos

⁵⁵ Carta del padre Juan Andreu, de la Compañía de Jesús. Misión de Miraflores, 22-11-1752. Manuscrito 18.577. Biblioteca Nac. de Madrid.

⁵⁶ Carta al rey del gobernador del Tucumán, Juan V. Martínez de Tineo. Salta, 27-4-1751. AGI. Charcas 385.

hostiles registrados en sus repetidas experiencias reduccionales. Con esta actitud, adoptaban una postura oscilante (mantenida por lo demás por la casi mayoría de los grupos chaqueños, como medio para sobrevivir a la presión colonizadora) entre la búsqueda del contacto —mediante el conchabo o la aceptación de la reducción con condiciones—, y la defensa hostil de su independencia.

En lo que respecta al grupo toba, las tentativas de sujetarlos se llevaron a cabo desde los inicios de la guerra ofensiva en 1710. En encuentros aislados con los toba, los españoles desplegaron todas sus tácticas para la asimilación de los indígenas; en primer lugar, las tratativas con la jefatura, mediante pactos de los que se esperaba un efecto ejemplificador respecto del resto de las parcialidades de la «nación» y de las demás comunidades chaqueñas. Con la entrada de Urizar, se consiguió celebrar unas «pases», incluyendo la acostumbrada ceremonia del agasajo; aunque en los testimonios no se especifica el donativo, es de imaginar que además del vestuario, se les entregaría vacas, «dones que entre ellos son del mayor aprecio»⁵⁷. No obstante haberse estipulado el sitio de la reducción, los toba pusieron en práctica su habitual táctica de la dilación, con lo cual consiguieron alejarse de la zona fronteriza de Jujuy; algunos toba capturados en la fuga —un total de 108— fueron trasladados con los malbalá a Buenos Aires, para escarmiento de los demás grupos chaqueños.

Hasta la fundación de la reducción toba en 1756, se aplicó —al igual que con los otros grupos guaycurú— el sistema de reparto a los oficiales destacados por su actuación en las campañas; de este modo se lograba paliar los efectos de la guerra fronteriza, en lo que respecta al descontento de los vecinos por las llamadas a las filas y la no disponibilidad de los indios reducidos en la frontera, destinados a la defensa, mediante el servicio en los fuertes y en el ejército.

Con los mocoví, con quienes se celebró pactos en la década de los cuarenta, abriendo camino para la fundación de la primera reducción en 1743, no se formó ninguna población en las fronteras tucumanas, aunque sus movimientos hacia esta jurisdicción fueron ininterrumpidos, llegándose a acuerdos más trascendentes recién en la década de los setenta, con la expedición de Matorras. Los resultados obtenidos con los mocoví, aunque leves, repercutieron favorablemente, en cuanto a la sumisión del grupo abipón, con quienes solían actuar conjuntamente contra las ciudades y reducciones fronterizas. En la jurisdicción de Santiago se fundó la reducción de Concepción, con indios del grupo abipón; considerando las características guerreras de los mismos, de las que ha dejado un completo testimonio su misionero Dobrizhoffer, su proceso de integración al mundo colonial fue sumamente dificultoso. Agravaba este panorama el hecho que, al igual que sucedió con los

⁵⁷ Carta al rey del gobernador del Tucumán, Esteban de Urizar. Salta, 4-8-1714. AGI, Charcas 284.

otros grupos guaycurú, permanecían en el interior chaqueño un buen número de indios «alzados». Condenada a la inestabilidad por las particulares características de sus habitantes, y la comunicación de éstos con los indios de tierra adentro, la misión abipona distó mucho de cumplir con el papel que les correspondió a las misiones del Salado, en cuanto a la defensa de las fronteras.

Por otro lado, debemos apuntar el gran rechazo de los vecinos por la existencia de una misión guaycurú en las fronteras de la provincia; siendo uno de los primeros grupos en procurarse caballos y vacas en los asaltos a las colonias, el nuevo status de reducidos no los hizo abandonar tan «inveteradas» costumbres. El saqueo de ganado en las colonias prosiguió, actuando aliados los reducidos con los del interior chaqueño, con lo que la misión de los abipón no cumplió en este caso con lo que también se pretendía de las misiones fronterizas: salvaguardar ese espacio ganadero de vital importancia para el Tucumán, constituido por las haciendas.

CONCLUSION

En resumen, podemos afirmar que a lo largo del conflicto en el área fronteriza entre el Tucumán y el Chaco en el siglo XVIII, profundos cambios se operaron en la vida de los indios cazadores chaqueños, ante una situación de prolongado asedio colonial. La constante presión militar y el empuje colonizador que dio como resultado la ocupación de las regiones lindantes con el Chaco, dentro de la jurisdicción tucumana, fue acorralando a los grupos del Chaco, debiendo éstos —incluso los más resistentes a la conquista— entablar un tipo de relaciones con el mundo colonial mediante las que pudieron hacer frente a los nuevos condicionamientos —espaciales, culturales— impuestos por la presencia española.

En este sentido, sus actitudes ante la conquista oscilaron entre la búsqueda de contacto con los colonizadores y la reacción hostil, posturas emanadas de la particular dinámica existente dentro del área chaqueña; dentro de los elementos que definían a ésta, incidieron en especial la situación territorial de los grupos, las relaciones entre sí y las circunstancias ambientales concretas de dicho espacio natural; los hábitos de los pueblos cazadores, en estrecha relación con estas últimas, sufrieron grandes alteraciones al iniciar su acercamiento a los centros coloniales, de los cuales comenzaron a depender en lo que respecta a su aprovisionamiento.

En relación a los conquistadores, no menor fue la adaptación de su estrategia colonizadora, para conseguir el dominio de unos pueblos que por sus rasgos culturales, constituían un universo esencialmente diferente al europeo. Verdaderamente complejo para el español, el mundo de relaciones entre los indígenas chaqueños, con su red de alianzas frecuentemente revo-

cables, desconcertaron al bando colonial, contribuyendo muchas veces al desgaste de su acción, con el consiguiente retraso en el cumplimiento de los objetivos de su plan ofensivo.

Todo el proceso colonizador se orientó a la concertación de alianzas con el bloque de pueblos de la periferia chaqueña, que por su situación fronteriza habían iniciado ya una serie de contactos pacíficos con el español; con estos grupos aliados se emprendió la difícil arremetida contra los guaycurú. Así, la empresa colonizadora chaqueña logró consolidar una «frontera indígena», poblada con misiones y fuertes defendidos por el conjunto de los grupos aliados, protegiendo a las colonias del asedio de los indígenas más belicosos del Chaco.

En líneas generales, la colonización chaqueña obedeció en consecuencia a la necesidad de resguardar un espacio ganadero que era de vital importancia para la economía tucumana; de ahí que se decidiera abordar enérgicamente la guerra ofensiva contra los chaqueños en el siglo XVIII. A su vez, la marcada escasez de indígenas en el Tucumán, provocó ciertas expectativas en las posibilidades que podía ofrecer la conquista del Chaco, previsiones que resultaron ampliamente defraudadas debido a la índole de los pueblos chaqueños y a la barrera que supuso la existencia de reducciones jesuíticas en la frontera, privando del usufructo de esta mano de obra a los sectores económicos interesados en ella.

El proceso colonizador chaqueño puede sintetizarse en dos grandes fases: la de la acción militar y la de la empresa misionera; el papel de las milicias fue destacado hasta mediados del siglo XVIII, en que se logró definir un cordón de pueblos indígenas en las fronteras tucumanas, puestos bajo la administración de la Compañía de Jesús. Si bien las misiones contribuyeron a la consolidación de las fronteras tucumanas, asegurando al menos el control del área indígena austral, no significó la solución del problema chaqueño. La fundación de las misiones fronterizas constituyó, por un lado, un fuerte condicionante para los grupos chaqueños no reducidos, pero también la cercanía de los flamantes pueblos jesuitas con respecto al Chaco fue un factor de permanente inestabilidad, ya sea por el retorno de los indios a los montes o el ataque de los rebeldes a los pueblos de la frontera; esto sucedió especialmente con las reducciones del grupo guaycurú.

Tras la partida de los jesuitas, el conjunto de las misiones de la frontera entraron en un franco proceso de decadencia, del que luego la población indígena saldría peor parada aun; la incorporación progresiva de los indios al mercado laboral colonial, dejado ya de lado el sistema de reducción, aceleraría la fusión étnica y el paso en masa de los asimilados a la informe categoría de simplemente indios, cada vez más difusas sus particularidades diferenciadoras; éstas, de alguna manera, habían conseguido salvaguardarse dentro del marco de aislamiento impuesto por la Compañía para sus misiones.

En cuanto a la población no sometida, que permanecía refugiada en la

secreta geografía chaqueña, quedaban aún años de resistencia frente a los intentos colonizadores desplegados en lo que resta de período colonial y con posterioridad al mismo, en la etapa independiente de las provincias del área rioplatense. Como nota que complementa el panorama de la conquista chaqueña y sus perspectivas, podemos decir que en las etapas sucesivas de la colonización del territorio indígena, el mundo de los blancos pareció no haberse liberado todavía de los recelos y de la idea de «tierra de castigo» que imponía el Chaco selvático; es más, sería objeto de duras campañas punitivas en el siglo XIX, período en el que la Argentina liberal pretendió borrar todo vestigio indígena, en el más puro estilo de guerra contra la «barbarie».

BIBLIOGRAFIA

ASSADOURIAN, Carlos S., G. BEATO y J. CHIARAMONTE:

1972 *Historia Argentina. De la conquista a la independencia*. Colección de Historia Argentina, vol. II, Ed. Paidós, Buenos Aires.

CLASTRES, Pierre:

1981 *Investigaciones en Antropología Política*, Edit. Gedisa, Barcelona.

DOBRIZHOFFER, Martín:

1967 *Historia de los Abipones*, Santa Fe.

FOSTER, Ricardo:

1939 *Contribución a la Historia del Chaco*, Rosario.

FURLONG, Guillermo:

1939 *Entre los vilelas de Salta*, Buenos Aires.

CARAVAGLIA, Juan C.:

1984 «Guerra en el Tucumán colonial», en HISLA, IV, Lima.

JOLIS, José:

1972 *Ensayo sobre la Historia Natural del Gran Chaco*, Santa Fe.

KERSTEN, Ludwig:

1968 *Las tribus indígenas del Gran Chaco hasta finales del siglo XVIII*, Resistencia.

LOZANO, Pedro:

1941 *Descripción Corográfica del Gran Chaco Gualamba*, Tucumán.

MILLER, Elmer S.:

1979 *Los tobas argentinos. Armonía y disonancia en una sociedad*, México.

MORILLO, Francisco:

1836 Diario de la Expedición al río Bermejo en *Colección de Obras y Documentos relativos a la Historia de las Provincias del Río de la Plata*. Vol. VI. Imprenta del Estado.

PAUCKE, Florián:

- 1944 *Hacia allá y para acá. Una estada entre los indios mocovíes (1749-1767)*, Tucumán.

SAIGNES, Thierry:

- 1985 «La guerra salvaje en los confines de los Andes y del Chaco: La resistencia chiriguana a la colonización europea», en *QUINTO CENTENARIO*.

SUSNIK, Branislava:

- 1978 *Los aborígenes del Paraguay. Etnología del Chaco Boreal y su periferia (siglos XVI y XVII)*, Asunción.

TODOROV, Tzvetan:

- 1987 *La conquista de América. La cuestión del otro*. Ed. Siglo XXI, México.

FUENTES DOCUMENTALES

Biblioteca Nacional de Madrid: Manuscrito 18.577.

Archivo del Museo Naval de Madrid: Manuscrito n.º 123.

Real Academia de la Historia (Madrid): Colección Mata y Linares.

Archivo General de Indias:

- Sección Audiencia de Charcas: Legajos 157, 199, 210, 283, 284, 328, 347, 385.
- Sección Audiencia de Buenos Aires: Legajos 18, 49, 143, 244, 614.